



¡EL SEÑOR!



Busca á menudo el poeta en las cosas más sublimes de la tierra, en las maravillas del mundo natural y en los inmensos espacios de las ilusiones del océano de las ideas, el objeto privilegiado para sus cantos; y tanto mayor es el mérito de su inspirada produccion, tanto más grande el sentimiento que en ella se advierte, cuanto más intensas han sido las relaciones entre su alma y el objeto escogido; es decir, cuanta mayor sublimidad ha creído hallar la imaginacion en su éxtasis contemplativo; y si se considera cuán elevadas son las impresiones poéticas que el hombre ha desarrollado en las diferentes épocas y edades de su peregrinacion por la tierra, relativas tan solo al universo de las cosas materiales, imagínese hasta qué grado de belleza y brillantez habrán llegado tambien sus inspiradas obras, cuando desatendiendo las magnificencias naturales, y traspasando las regiones del idealismo, ha llevado su mente á la contemplacion de los misteriosos lazos que le reunen con ese mundo incomparable de la fé, de la religion, y del excelso Ser, origen de la vida y de la luz.

Grande es, efectivamente, la diferencia que separa á la poesia que produce en el alma el placer, de la poesia que la mece y engolfá en la contemplacion sublime de las cosas extraterrenales; aquella, necesita la belleza gráfica de ta variedad, siempre múltiple, siempre difícil;

esta, es toda extraordinaria, siempre sencilla, siempre sublime, y tiene el característico atractivo de ser asequible á todas las inteligencias y á todos los tiempos.

Sencilla es, hemos dicho, y se la encuentra doquiera que la sociedad cristiana tiene establecidas sus viviendas.

Extraordinaria, porque se eleva y distingue sobre todas las que son resultado de las demás emociones, y sublime porque dentro de ella está comprendida la única verdad eterna; la del objeto de nuestra existencia en este mundo y de nuestra suerte en el otro.

Con estas eminentes cualidades se siente por todos, y cada día se ofrece á nuestro pensamiento de un modo siempre patético, tierno é imponente.

No necesita ni el bullicio de las grandes agrupaciones populares, ni el aristocrático ornato de los poderosos; para ella nada son la belleza física ni la energía de los años; y ayudan lo mismo á su presentación los días serenos de refulgente esplendor, como las tétricas horas que se pasan entre las tempestades y las nieblas; en las pequeñas aldeas, perdidas entre los vericuetos de las montañas ó entre los picos de la costa, en la desamparada mansion del jornalero, en la niñez, en la virilidad y en la senectud; entre el brotar de las yemas y las flores y el caer de las hojas, se la descubre lo mismo que entre la universal mezcla de los oropeles mundanos; por eso cuando de ella se escribe, cuando se apuntan algunos de sus bellísimos cuadros, el interés es permanente para todos, la sensación que reproduce siempre es placentera y vienen á confirmar sus entretenidas descripciones los corazones honrados y generosos con su satisfacción manifiesta; los indiferentes con su curiosidad sorprendida y arrebatada, y los de ánimo torcido y malicioso con su elocuente silencio, que pone de relieve la lucha de sus almas.

Entre los muchos bocetos religioso-literarios que las publicaciones cristianas presentan todos los días, contiene un tanto de esa sublime expresión poética, inherente á todos ellos, el grandioso pensamiento que envuelve el cuadro descriptivo y contemplativo del sagrado Viático, respetuosa y cariñosamente saludado con el nombre de ¡EL SEÑOR! en nuestros pueblos.

Tómese la acción donde quiera; elijanse para personajes los primeros que la imaginación presente, y estudiemos el plan; no importa que embarguen al alma otras quiméricas ideas; penetremos de lle-

no en el asunto, y si hay una fibra de sentimiento en el corazón, ella hablará.

En medio del afán de nuestros quehaceres, el sonido de la campana en la próxima iglesia nos llama la atención; no parece que el elevado avisador metálico suena como siempre; hay en su triste son cierta armonía que hace brotar del fondo del alma espontáneas ideas de caritativa ansiedad; un vecino nuestro, un amigo querido acaso siente en aquellos mismos momentos que la muerte cierne sobre su cabeza sus tenebrosas alas, y antes de partir para el camino que no tiene retorno, ha pedido el inespugnable auxilio que en tan duro trance presta el pan divino; Aquel que con su martirio salvó á la humanidad va á servir de égida gloriosa al moribundo, va á penetrar en la casa del pobre, y nosotros al considerarlo nos conceptuamos muy dichosos de acompañarle en su régia visita; y en alas de la emoción y de la fé y de la caridad, abandonamos la casa y la ocupación para ir al templo.

¡Oh! ¡y cuánto agrada el encontrar al paso á nuestros vecinos, que al son de la campana han cogido también su preciada capa y se unen á nosotros para asistir al acto solemne!

Entonces es cuando mejor que nunca vemos en ellos verdaderos hermanos, que en los momentos supremos se unen para prestar ayuda y consuelo, unánimes en la actividad y unánimes en el deseo.

Al penetrar en el templo ya se ve al Sacerdote postrado ante el Tabernáculo santo en cuyo derredor arden las luces y se esparce el incienso; y al descubrir el respetuoso lugar donde á tanta Majestad velan doradas paredes y preciosos bordados, de todas las bocas brota unísono el sagrado himno cuyas admirables estrofas contienen las alabanzas del pan de los ángeles.

Y toda la gala de que es capaz el vecindario se despliega allí para acompañar de la manera más digna á EL SEÑOR; los achones se encienden, el pábulo abre sus adornados pliegues, y agrupándose todos en torno del ministro de Dios, prepárame á marchar pronunciando repetidas oraciones.

Allí han acudido los niños que en estos religiosos actos aprenden indelebles prácticas y recuerdos; han acudido los jóvenes que en estos momentos solemnes sienten en su alma el aviso de que á menudo en plena lozanía y vigor puede la muerte aniquilarlo todo; acuden los padres que son dados á la caridad y á la práctica de los deberes;

acuden las madres de por sí inclinadas á tan cristianas y humanitarias prácticas, y acuden, en fin, los ancianos con más fervor y sinceridad que todos, porque unen á la mayor experiencia mayor luz de conocimientos, y á la mayor luz, mayor convicción de los beneficios. que la religion prodiga al que con ella prospera y camina.

Ya anuncian las campanas que la sencilla comitiva ha traspasado los umbrales del templo, y por doquiera que atraviesa nótese ese conmovedor espectáculo tan propio é inimitable que entónces presentan los pueblos católicos.

En la córte, en las grandes ciudades, los carruajes se disputan á porfía el alto privilegio de conducir al Sacerdote que es portador del Sagrado depósito; los monarcas y los potentados le ceden su puesto y se unen al religioso cortejo; en las ciudades se iluminan los balcones del tránsito, y en los ignorados pueblos del centro de los campos y de las montañas, acuden de todas las casas las vecinas llevando en sus manos el canastillo donde brilla la luz colocada entre los pliegues de blanquísimos y ondulantes paños; y en todas partes, entre el bullicio ó el sosiego, los concurrentes todos se postran de rodillas, y descubriéndose respetuosamente hacen escapar de sus lábios multiplicadas oraciones.

Entónces, al ver postrado á todo un pueblo ante la Majestad que pasa, se sienten elevarse en la imaginacion inesplicables emociones, y comparando aquella unánime muestra de respeto, se acierta á entrever mucho de la grandeza del Todopoderoso, que se eleva tanto sobre todas las superioridades y magnificencias que la humanidad acata á cada paso.

Por fin llegamos á presenciar el acto que lleva en sí tanto caudal de sublimidad, de oraciones, y de lágrimas.

El que fué nuestro amigo vigoroso, emprendedor y energético, yace en su lecho, pálido el semblante, hundidas las órbitas, sofocado por la ansiedad, y en su derredor solo se ven rostros macilentos, surcados por el llanto, abstraídos y fijos en la menor de las variaciones que el moribundo presenta; la alegría huyó de la casa, nada turba el silencio, y hasta la luz apagada que penetra por las entornadas puertas parece amortiguarse en medio de su camino.

La campanilla y el murmullo de las oraciones viene á turbar la tétrica quietud, y los ondulantes resplandores de las luces vienen á dar á la estancia un tinte que tiene mucho de interesante y conmove-

dor; al sentir la presencia del Sacerdote brilla en la pupila del enfermo un vagoroso rayo de satisfaccion: es como el saludo cordial y postrero que el alma agobiada hace á su Criador. En medio del piélago de tristeza que oprime á sus parientes, se siente entónces un vivo susurro de bienestar; y sus corazones parece que desde aquel momento descansan en una situacion más consoladora: ese misterio Santísimo que entreve el hombre al acercarse á sus lábios el cuerpo Sacrosanto, se admira en aquel momento más de relieve; la presencia del misericordioso Rey de todo lo creado, causa un estupor inmenso y todos los asistentes doblan la rodilla, ocultan su frente y entonan alabanzas y cánticos de paz.

¿A dónde hallar sobre la tierra una idea que predomine á la que entónces nos sobrecoge y sostiene? ¿A dónde volver la imaginacion sino á la misericordia divina y á la gloria de la Iglesia? ¿Por qué poesía trocar aquella que nos inspira junto al lecho donde al lado de la muerte se alza la estrella de la religion?

Nada es comparable con ello; nada que le iguale en sentimentalismo, en belleza y en verdad.

Cumplido el santo deber, la satisfaccion inunda los pechos de los que acompañaron á EL SEÑOR, por su buena obra, y aun ante las gradas del altar vuelven á entonar los majestuosos himnos que la Iglesia conserva para ensalzarle.

Así se descubre, en estos actos de una elocuencia tan muda y conmovedora, un poco de la incomparable poesía que encierran nuestras creencias.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

